

La realidad y los desafíos de la Vida Religiosa hoy

Hno. Álvaro Rodríguez, fsc

Resumen

Podemos presentar la realidad que hoy vivimos a partir de las tentaciones que hoy nos acechan, y que pueden ser motivo de caída y de pérdida de sentido o, por el contrario, aguijón que nos impulsa a encontrar las respuestas adecuadas, desde los desafíos que se nos presenta o las perspectivas que se nos abren. En una palabra, vivir nuestra vocación de consagrados/as respondiendo a las necesidades del hombre y la mujer de hoy, desde Cristo y el Evangelio, inspirados por una “nueva fantasía de la caridad” (IL 25).

Podemos apresentar a realidade que hoje vivemos a partir das tentações que nos espreitam e que podem ser motivo de caída e de perda de sentido ou pelo contrario estímulo que nos impele a encontrar as respostas, e desde os desafios que se nos apresentam as perspectivas que se nos abrem. Em uma palavra, viver nossa vocação de consagrados/as respondendo às necessidades de homens e mulheres de hoje desde Cristo e do Evangelho, inspirados por uma “no nova fantasia da caridade” (IL25).

Creo que es difícil encontrar una mejor expresión de la finalidad de la Vida Religiosa, que la que la CLAR en los últimos años ha acuñado, al hablarnos y al invitarnos a vivir una Vida Religiosa místico-profética al servicio de la vida. Por fidelidad a Jesús de Nazaret que vino para que todos tengan vida y vida en abundancia (Jn. 10,10), por fidelidad al Reino porque Dios quiere la salvación de todas las personas, nuestra finalidad no puede ser otra que estar al servicio de la vida, particularmente de toda forma de vida amenazada, frágil o desprotegida. Y esto desde una unidad existencial entre mística y profecía. El guión que las une es fundamental, porque de lo contrario caeríamos en un dualismo desintegrador y esquizofrénico y la mística puede llevarnos a un espiritualismo vacío o la profecía a un compromiso que se quedaría en lo psicológico, lo social o lo político.

Y creo, que este es el mayor peligro que hoy nos acecha. Así por ejemplo, nuestro servicio a los pobres es descubrir que los pobres hoy son nuestros maestros y mañana serán nuestros jueces. Es permitir que los pobres sean agentes activos de su propio desarrollo y al mismo tiempo es anunciarles el Evangelio y descubrir en ellos el rostro del Señor. Nuestra misión es estar atentos/as a toda forma de exclusión. Nuestra misión nos invita a que tengamos los ojos abiertos ante las desigualdades

creadas por la sociedad y que seamos creativos en la respuesta a las nuevas necesidades. Nuestra misión no se reduce a lo meramente asistencial sino que va a las raíces de la pobreza para buscar soluciones estructurales y educar en la justicia. Y al mismo tiempo, nuestro servicio consiste también en ayudarles a mantener viva la búsqueda de soluciones a sus inquietudes existenciales a partir de los valores evangélicos. Nuestra misión es ayudarles a adquirir una adecuada jerarquía de valores que dé sentido a la vida humana. Nuestra misión debe favorecer el desarrollo de la interioridad, del amor gratuito, de la entrega generosa. Nuestra misión es lograr que integren en su persona lo racional, con lo emotivo; los sentimientos y los instintos, la voluntad y la fragilidad.

1. LAS TENTACIONES QUE HOY NOS ACECHAN

Me parece que podemos presentar la realidad que hoy vivimos a partir de las tentaciones que hoy nos acechan y que pueden ser motivo de caída y de pérdida de sentido o por el contrario aguijón que nos impulsa a encontrar las respuestas adecuadas. Se trata de una visión subjetiva y por consiguiente necesariamente incompleta y ciertamente parcial pues responde a mi propia visión de Vida Religiosa y al conocimiento limitado que de ella puedo tener, consciente, al mismo tiempo, que mis viajes a casi 80 países en donde mi Congregación está presente, mi experiencia de Presidente de la Unión de Superiores Generales (USG) en los últimos seis años y el Congreso de Vida Consagrada preparado por las dos Uniones de Superiores y Superiores

Generales, me han permitido tener una visión bastante universal. Al responder al interrogante anterior me propongo simplemente centrarme en aquellos aspectos que me parecen más relevantes y que pueden darnos nuevas luces para vivir con mayor autenticidad la vocación a la que el Señor nos ha llamado y la misión que la Iglesia nos confía.

1.1 El secularismo y la sociedad de bienestar

Como nos lo decía el Papa Benedicto XVI: “de hecho, la cultura secularizada ha penetrado en la mente y en el corazón de no pocos consagrados, que ven en ella una forma de acceso a la modernidad y de acercamiento al mundo contemporáneo. La consecuencia es que junto con un indudable impulso generoso, capaz de testimonio y de entrega total, la vida consagrada experimenta hoy la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista” (Audiencia 22 de mayo 2006).

No podemos dejar de lado el carácter profético y la dimensión contracultural de nuestra vocación y no debemos olvidar que la Vida Religiosa está llamada a ofrecer otro modelo de sociedad y no a copiar el estilo de la sociedad en la que vivimos. No debemos disimular el hecho de que la Vida Consagrada representa un movimiento dinámico que reta los patrones de una sociedad ambivalente cuyos valores son más fácilmente asimilados por los jóvenes, tanto aquéllos positivos como aquéllos que contradicen al Evangelio. Aquí también se trata de un discernimiento que nos permita ser fieles a los signos de los tiempos y de los lugares.

Nuestra actitud debe ser como la de los pescadores de la parábola que echan al mar una red que recoge toda clase de peces; una vez llena, los pescadores la llevan a la playa, se sientan, seleccionan los buenos en canastas y tiran los malos (Cfr. Mateo 13, 47-48). El entrenamiento para vivir con alegría y dignidad en un mundo que nos es dado para evangelizar, pero al que debemos oponernos más de una vez, es la ascesis. La lucha por los valores del Reino, comporta un esfuerzo personal y comunitario, que da sentido a la existencia, aleja del narcisismo, evita la depresión, y permite vivir en medio de los conflictos.

Como lo ha expresado la religiosa norteamericana Joan Chittister, la función de la Vida Religiosa es mantener viva la pregunta sobre Dios. En una página impresionante, escrita en 1952, el filósofo y teólogo judío Martin Buber reconoce que la palabra “Dios” ha sido manchada, vilipendiada y profanada; comprende también que exista una tendencia a silenciarla; pero se resiste a que sea abandonada. Estas son sus palabras: “las distintas generaciones” humanas han depositado sobre ella todo el peso de sus vidas angustiadas hasta aplastarla contra el suelo; allí está, llena de polvo y cargada con todo este peso. Las diferentes generaciones humanas han destrozado esta palabra con sus divisiones religiosas; por ella han matado y han muerto, en ella están todas y cada una de las huellas de sus dedos, todas y cada una de las gotas de su sangre... No podemos limpiar la palabra ‘Dios’, no es posible lograrlo del todo; pero levantarla del suelo, tan profanada y rota como está, y entronizarla después de una hora de aflicción,

esto sí podemos hacerlo” (Eclipse de Dios). Me parece que este texto expresa muy bien a lo que estamos llamados.

1.2 Cuando el descubrimiento del amor humano hace perder el sentido del amor divino

El Padre Bernardo Olivera, Superior General de los Trapistas, en una excelente presentación al Capítulo General de su Orden en octubre de 2005, planteaba muy acertadamente la situación que me parece podemos también aplicar a la vida religiosa en general: pareciera que el descubrimiento del amor humano hubiera convertido en irreal la búsqueda monástica de Dios. Obviamente no se trata ahora de enjuiciar la vocación de estos jóvenes; se trata, más bien, de cuestionarnos sobre la formación que les ofrecemos. Algunas preguntas pertinentes podrían ser estas: ¿sobre qué bases humanas se construyó el rascacielos espiritual?, ¿qué tipo de antropología sirvió de presupuesto al proceso formativo?, ¿estamos convencidos de que la gracia edifica sobre la naturaleza?, ¿favorecemos dicotomías aunque afirmamos lo contrario? No cabe duda que uno de los grandes méritos del mundo de hoy es la importancia dada al yo personal. Pero sabemos que se trata de un valor relativo, porque según el Evangelio “el que busca su vida la pierde y el que la pierde la encuentra” (Mt. 16, 25). El desafío permanente es descentrarnos de nosotros mismos para centrarnos en Dios y en su plan de salvación en favor de la humanidad.

Hoy debemos tener muy en cuenta la situación en que vive el joven enfrentado a la fragmentariedad y la disper-

sión, con el peligro de la fascinación de lo inmediato y de lo provisional que conduce a una ética individualista y relativista, que limita la búsqueda de los valores y orienta hacia una búsqueda insatisfecha del “estar juntos” sin una dirección clara, ni un proyecto definido. El ambiente lleva a la búsqueda de valores de pequeño cabotaje y a una felicidad a bajo costo. O sea, todo lo contrario de lo que tendríamos que ofrecer en la Vida Religiosa.

1.3 El olvidar que somos humanos y hermanos

Cuando en nosotros prevalecen otros intereses distintos a los del Evangelio, es natural que el egoísmo y el individualismo tengan la primacía sobre lo que es constitutivo de la persona (humano), del cristiano (hermano) y de la Vida Religiosa (un proyecto común al servicio del Reino). Por otra parte, la fraternidad brota espontáneamente cuando se vive con sinceridad y verdad la humanidad. Negar lo humano, lleva a actuar de forma *in-humana* y, por consiguiente, a negar a Dios, que al encarnarse, “asumió la naturaleza humana entera” (GS 3). Pienso que el mejor antídoto es una espiritualidad de la encarnación, que nos permita integrar Evangelio y realidad; amor a Dios y amor al prójimo; mística y profecía, fe y celo, pasión por Cristo y pasión por la humanidad. Se trata de una espiritualidad equilibrada, humana, integradora, cristocéntrica, y que da un gran valor al descubrimiento de Dios en la realidad, a la fraternidad, a la gratuidad y a la sencillez. Ser humanos no significa hacer la Vida Consagrada “light”, sino ser capaces de que la persona ocupe siempre el primer

lugar, antes que normas establecidas o determinados intereses. Esto nunca ha sido fácil. De ahí surgen las verdaderas comunidades, donde la sintonía de ideas e ideales lleva a la unidad y a compartir. Si no prestamos atención al substrato humano que debe sustentar la Vida Consagrada, es fácil que terminemos construyendo sobre arena. No debemos olvidar tampoco que somos parte de la humanidad. Y por eso nos debemos dejar interpelar por la sed de sentido, el dolor de la humanidad, el amor y la compasión manifestada por Jesús ante lo humano.

1.4 El funcionarismo y la institucionalización de nuestra misión

Juan Pablo II en su mensaje al Congreso de Vida Religiosa organizado por la Unión de Superiores Generales (USG) en 1993, decía que toda consagración en la Iglesia está intrínsecamente vinculada a una síntesis radical y vital entre consagración y misión. En clave latinoamericana podríamos decir entre mística y profecía.

Sin embargo a veces pensamos nuestras misiones y ministerios en clave demasiado institucionalizada. Esto trae como consecuencia apoyarse en programas, estructuras y en un orden impuesto desde el exterior, no en el espíritu que supuestamente debe animar a los religiosos y en el discernimiento común de la Voluntad de Dios. En realidad lo más importante no es necesariamente conservar las obras que tenemos y defender las estructuras que nos animan, el número de nuestros Hermanos o Hermanas o el prestigio de nuestras obras; sino responder desde la ternura de Dios y del Evangelio a las necesidades del mundo, a las nuevas pobrezas, estar

disponibles para misiones de paz y ser defensores de la vida amenazada. Estar abiertos a los gritos de los pobres para ir allí donde nuestra presencia sea más necesaria de manera que en cualquier momento podamos ser destinados a los lugares de mayor necesidad y urgencia de nuestro mundo. Actuar más por intuiciones, como decía el Hermano marista Benito Arbués, que por seguridades.

Ciertamente no debemos descuidar los aspectos administrativos pero al mismo tiempo debemos ser conscientes de que sin una vida espiritual profunda centrada en Cristo y en el Evangelio, nuestra misión se convierte en un trabajo social, útil, pero incapaz de dar pleno sentido a nuestras vidas. No debemos olvidar que como religiosos, por definición debemos ser más un grito del absoluto de Dios que una función; una presencia del Verbo encarnado más que una tarea.

2. LAS PUERTAS QUE HOY SE NOS ABREN

2.1 Una experiencia personal alimentada por una pasión

El último Congreso de Vida Religiosa del 2004 nos habla de la Vida Religiosa en términos de pasión, término al que hace referencia Vita Consecrata al presentarnos al profeta Elías: “La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios

y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad” (VC 84). Se trata de una pasión por Dios que se traduce en compasión por el hermano/a. Podríamos decir que una característica de la Vida Religiosa hoy es la *theopatía*. Pasión por Dios y pasión por la humanidad.

Pasión que presupone una experiencia personal más que una teoría, como lo podemos ver a partir del testimonio de Pascal cuando nos comparte el momento fundamental que cambió su vida en la noche del 23 de noviembre de 1654 cuyo recuerdo consigna en una hoja de papel, el famoso «MEMORIAL», que llevó siempre cosida en el forro de su jubón: Año de gracia de 1654, lunes 23 de noviembre, día de San Clemente. Desde las diez de la noche aproximadamente hasta las doce y media más o menos de medianoche. ¡El fuego! Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y sabios. Certidumbre, alegría, sentimiento, alegría, paz.

Nuestra Vida Religiosa, entendida tanto como nuestro natural tender a Dios como por el llamado de Jesucristo a proseguir su vida, no puede tener más fundamento que el de una experiencia personal. Se trata de una atracción profunda casi irresistible hacia Dios, de una experiencia espiritual, de que Dios es el Absoluto y que todo nuestro ser tiene su referencia última en Él. Es la experiencia de amar y ser amado; es la certeza de que Dios es todo.

El jesuita brasileño Joao Batista Libanio en un artículo que me ayudó mucho durante mis años de formador en Centroamérica, en el momento de discernir con los formandos las motivaciones vocacionales, nos presenta esta experiencia como una piedra inamovible, un llamado continuo al amor primero. En el fondo, es la experiencia evangélica de Jesús en relación al Padre de la que brota su entrega salvadora a favor de los hermanos y hermanas, especialmente los pobres y pequeños. Es permitir a Dios que ocupe el espacio de nuestra afectividad y que ame a través de nosotros. Es dejarnos seducir por Él.

Experiencia que es una gracia gratuita de Dios, ciertamente, pero que supone nuestra colaboración. La experiencia fundante nos permite vivir nuestra misión como una prolongación de la acción salvífica de Dios y nos evita caer en un activismo o en una mera profesionalización de nuestra misión. Expresar lo anterior nos invita a un nuevo lenguaje. Un lenguaje que favorezca la comunión y acreciente la pasión; menos racional y teórico, más intuitivo y vital. Un lenguaje que haga más significativa la Vida Consagrada a los hombres y mujeres de hoy, sobre todo a los jóvenes.

Pasión por Dios que se traduce en compasión por los hermanos/as como solidaridad, cercanía, presencia, acogida, acompañamiento. “Nuestra misión esencial es ser portadores de ternura y misericordia, como hizo Jesús, de acogida y comprensión, de perdón y esperanza” (Alejandro Fernández O. de M., Presidente de CONFER). Estamos llamados a ser el rostro más humano y compasivo de la Iglesia, o como de-

cía el Padre Radcliffe durante el Congreso, un nido ecológico de libertad.

2.2 Lo que ofrecemos a los/as jóvenes y lo que los/as jóvenes nos aportan

Al buscar las causas de la falta de fidelidad, podemos injustamente quedarnos únicamente en los antivalores que nos presenta la sociedad o en las debilidades e incoherencias de los mismos jóvenes. Como nos dice el franciscano australiano Fray Peter Cantwell ofm, en el pasado algunos han dicho que los jóvenes se marchan porque su generación es egoísta y no tienen voluntad para hacer un compromiso. Es más honesto reflexionar también qué es lo que ofrecemos a los jóvenes o en qué podemos estar fallándoles.

En la terapia familiar hoy se nos pide fijarnos en todo el sistema para buscar el remedio. Antes de los últimos hallazgos ofrecidos por la terapia familiar, un adolescente problemático era tratado normalmente de forma aislada con una terapia individual. La teoría era que había algo incorrecto dentro del adolescente, y si esa falta podía corregirse, entonces todo iría bien. Pero a menudo esa terapia individual era seguida de una nueva recaída. La terapia familiar ha ampliado nuestra visión para comprender que el problema puede que no esté dentro del adolescente. Su problema puede ser un reflejo de lo que está pasando dentro de todo el sistema familiar. El comportamiento del adolescente puede ser un síntoma, una indicación, de que todo el sistema en que la familia está envuelta es lo que necesita ser cambiado.

Esto lo debemos aplicar también a nuestra vida de religiosos/as. Sin duda,

a menudo, las causas de las dificultades personales están sobre todo dentro del individuo pero no podemos negar la influencia determinante del sistema en el que vive y no podemos dejar de tener en cuenta el sistema de vida que ofrecemos a los/as jóvenes que piensan que vale la pena unirse a nosotros.

Como nos dice la Hna. Carmen Margarita Fagot, rsc, expresidenta de la CLAR, la Vida Religiosa tiene como desafío acoger a los jóvenes como sujetos y compañeros en la construcción de la vida y sus significados. Nos podríamos preguntar: ¿hasta qué punto los valores y tendencias de los/as jóvenes de hoy, con todas sus ambigüedades, pero con toda su riqueza no pocas veces más evangélica, encuentran cobijo en nuestras estructuras, programas de formación y en nuestras comunidades?, ¿hasta qué punto acompañamos procesos de individuación y favorecemos la integración personal ante la fragmentación de la persona que provoca hoy la sociedad?, ¿nos contentamos con ofrecer la seguridad de la observancia o crear dependencias despersonalizadoras? Ante la búsqueda insaciable de sentido y de trascendencia, ¿descubren los jóvenes en nuestros ojos el fuego de una pasión irresistible por Dios y su Reino?

Me llamó poderosamente la atención que todas las intervenciones de los religiosos/as jóvenes durante el Congreso, se hayan referido, precisamente a la calidad que ellos esperan de nuestra vida de comunidad. Creo que esto representa un signo de los tiempos al que debemos estar atentos. Se trata naturalmente de una comunidad que dé más importancia a las relaciones que a las es-

tructuras; que integre armónicamente lo personal y lo comunitario; que responda y se abra a las nuevas pobrezas; que nos ayude a vivir los valores evangélicos.

2.3 Inculturación e interculturalidad

A partir del Vaticano II hemos hablado mucho de la inculturación del Evangelio. El Papa Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris Missio* (52), nos dice que a través de su inculturación en diferentes áreas del mundo, la Iglesia llega a entender y expresar mejor el misterio de Cristo. Por eso debemos estar abiertos en una actitud intercultural a las diferentes culturas y enriquecernos con sus valores. Se trata de un movimiento de reciprocidad, que supera el predominio de una cultura sobre otra, o la imposición de los propios criterios culturales. Proceso que implica también un elemento afectivo, es decir, sentir como siente el otro, en actitud de respeto, solidaridad y testimonio evangélico.

Un reto que se nos plantea es cómo integrar una realidad cada día más pluricultural con un mundo cada vez más globalizado. Al contar con más vocaciones hoy en el “Tercer Mundo”, la Vida Religiosa está adquiriendo un rostro más pluricultural. Debemos abrirnos a esta realidad y ser muy sensibles a la misma, favoreciendo el desarrollo de estos sectores y, mediante la formación de sus líderes y formadores, favorecer paulatinamente que puedan asumir la animación de los mismos.

2.4 Responder con creatividad a las nuevas formas de deshumanización y de pobreza

Nuestros Institutos han nacido generalmente en la frontera de una deshuma-

nización, en un mundo alejado de la salvación y como una respuesta desde la ternura de Dios. Ser fieles a nuestro carisma significa hoy para nosotros responder con creatividad a las nuevas formas de deshumanización, a las nuevas pobrezas, a las llamadas que nos hace el mundo de los excluidos. Lo importante no es el conservar nuestras instituciones sino mantener vivo y actualizado el fuego del carisma que nos hizo nacer y responder a las necesidades de hoy.

Nos debemos sentir profundamente afectados por tantos rostros desfigurados de nuestros semejantes en los cinco continentes por distintas causas: guerra, violencia, discriminación, racismo, exclusión, emigrantes y refugiados, hambre, etc. Todos ellos deforman también el rostro de Dios a cuya semejanza estamos hechos. Esto no puede dejarnos indiferentes a nosotros que nos hemos propuesto rehacer la imagen de Dios para que sea reconocida y respetada en todas y cada una de las personas, sin distinción de edad, género y posición social pero con una clara opción por los más pobres.

2.5 Llamados a ser testigos de la esperanza

Me parece que hoy una de las dimensiones más importantes de nuestra vida religiosa es mantener viva la esperanza. Mantener viva la esperanza de que nuestra vida vale la pena, que tiene futuro y que seguirá siendo un instrumento de salvación para el mundo.

En la Escritura encontramos, casi en cada página, una llamada a una esperanza que no defrauda. “Porque yo sé

muy bien lo que haré por ustedes; les quiero dar paz y no desgracia y un porvenir lleno de esperanza, palabra de Yavé” (Jeremías 29, 11).

Ante el envejecimiento y la disminución del número de los religiosos y religiosas en algunas regiones del mundo, la tentación es dejarnos llevar por el pesimismo y el desánimo. Sin embargo, desde la fe e iluminados por la esperanza y por un profundo amor a todos aquellos a quienes debemos servir, podemos también hacer nuestra, la experiencia de Pablo en Asia, en un momento de profunda turbación y peligro. “Sentimos en nosotros una sentencia de muerte, pero eso fue sólo para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos. Él nos libró de ese peligro de muerte tan grande y nos seguirá protegiendo. En Él hemos puesto nuestra esperanza...” (2 Co 1,9-10). Lo que estamos viviendo ¿no será más bien una ocasión propicia, un tiempo de gracia para, desde nuestra fragilidad, no confiar tanto en nosotros mismos, en nuestros medios y en nuestro prestigio y confiar en ese Dios capaz de resucitar a los muertos y en quien hemos puesto nuestra esperanza? Podemos aplicar a la Vida Religiosa lo que André Fossion dice del cristianismo sirviéndose de un proverbio africano: el árbol viejo que se resquebraja hace más ruido que la selva que crece. Más importante que el árbol que se resquebraja y cae, es la selva que nace y crece. A nivel de Vida Religiosa es difícil imaginar y programar lo que se está desarrollando. Lo que podemos y debemos hacer es favorecer su crecimiento. La Vida Religiosa del futuro no será única ni principalmente el resultado de nuestros es-

fuerzos; será sobre todo un fruto nuevo, inesperado, sorprendente, de la acción del Espíritu en el corazón del mundo.

Aquí radica nuestra esperanza, en esos brotes nuevos que hoy en África, en Asia, en América Latina están germinando... pero también, y a pesar de las dificultades, en esos brotes nuevos que surgen en Europa, América del Norte, Oceanía. Y me parece importante tener en cuenta, al respecto, lo que nos dice el claretiano Pedro Belderrain en la revista española Vida Religiosa: con frecuencia se generaliza en exceso y no queda tiempo para el matiz. Por ejemplo, ni la Vida Religiosa de unas naciones está tan muerta, ni la de otros sitios creo que encarna tan perfectamente el Reino de Dios. Me imagino que hay 'norte' (aburguesamiento, neoliberalismo, rendición...) en el Sur y, 'sur' (compromiso, inserción, esperanza) en el Norte... Ni todo el futuro de la Vida Religiosa está en Asia y África, ni todo su pasado en Europa.

Estamos llamados a ser testigos de la esperanza que llevamos dentro como nos invita San Pedro. Una esperanza que nace de la fe ciertamente, pero que tiene sus raíces, también, en la enorme capacidad que ha tenido la Vida Religiosa de volver a empezar después de momentos de crisis.

Estamos llamados a compartir nuestra esperanza más allá de nuestras fronteras congregacionales y de nuestra misión apostólica. No debemos olvidar, que somos parte de la humanidad, como nos lo ha recordado el Congreso de Vida Religiosa. De una humanidad sedienta de bienestar en un mundo

de consumo y de pobreza, de amor en medio del caos y desorden amoroso, de trascendencia en un contexto de desencanto político y existencial. Y por eso nos debemos dejar interperlar por la sed de sentido, el dolor de la humanidad, el amor y la compasión manifestada por Jesús ante lo humano.

CONCLUSIÓN

Isaías, en un momento de dificultad, expresaba al pueblo israelita su esperanza con estas palabras: "Quedarán en el olvido las angustias pasadas, desaparecerán de mi vista pues voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva; lo pasado no se recordará ni se volverá a pensar en ello, sino que habrá alegría y gozo eterno por lo que voy a crear" (Isaías 65, 16-18).

Hoy los religiosos y las religiosas debemos hacer nuestras estas palabras y sentirnos protagonistas de ese cielo nuevo y de esa tierra nueva que el Señor desea crear. El camino no puede ser otro que el de la conversión. Convertirnos al futuro de Dios. San Pablo nos da una pista para esto: "les pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios que se ofrezcan como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Éste debe ser su auténtico culto. No se adapten a los criterios de este mundo; al contrario transfórmense, renueven su interior, para que puedan descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto" (Rom 12, 1-2).

Se trata, por consiguiente, de una conversión en clave religiosa que supone una entrega amorosa sin condiciones,

entrega total, sentirnos dominados por el Absoluto de Dios, con la certeza de que todo es gracia. El Congreso de Vida Religiosa, como sabemos, definió esta conversión como una doble pasión: por Dios y por la humanidad. Es la experiencia del enamoramiento por la que nos dejamos abarcar totalmente por el misterio de Dios e invadir por su ternu-

ra incondicional. Pero no se trata de un amor que, se encierra en sí mismo, sino de un amor que, por el contrario, nos desinstala, nos descentra de nosotros mismos, nos abre a las necesidades del mundo y nos invita a hacer nuestro el profundo deseo de Jesús: “he venido a traer fuego a la tierra, y ¡ojalá estuviera ya ardiendo!...”(Lucas 12, 49).

